

Una glosa intermitente: A propósito de la metamorfosis y de lo absurdo en el rol del Contador Público¹

Natalia Gallón Vargas

Estudiante de Contaduría Pública
Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid
nataliagv6@gmail.com

Resumen: El Contador Público en su rol de tenedor de libros, se inserta en un ámbito particular, el técnico instrumental. Podría decirse que este rol pareciera inmanente a su profesión, puesto que se reafirma en la concepción generalizada que sobre el Contador Público se tiene y en el proceso educativo. En los programas académicos, en los contenidos curriculares y en las prácticas pedagógicas se brindan las condiciones para formar tenedores de libros muy eficientes para el mercado, con un saber-hacer muy parcializado que, en últimas, termina definiendo un sujeto e influyendo en su esfera vital. En virtud de lo cual, este ensayo se propone elucidar, a la luz de *La metamorfosis* y de *El mito de Sísifo*, la transformación del tenedor de libros en un insecto kafkiano y en la condición absurda que depara tal rol.

Palabras clave: metamorfosis, absurdo, tenedor de libros, Contador Público.

A flashing comment: About metamorphosis and absurdity in the role of the Public Accountant

Abstract: The Public Accountant in their role as bookkeeper is inserted in a particular field, the technical instruments. Arguably, this role seems inherent to their profession, as it reaffirms the widespread conception about the practitioner has and in the educational process. In academic programs, curriculum content and teaching practices provide the conditions to form highly efficient holders of books to the market with a very biased know-how that ultimately ends defining a subject and influencing their vital area. Under which this study attempts to elucidate the light of *La metamorfosis* and *El mito de Sísifo*, the transformation of the bookkeeper into a Kafkaian insect and the absurdity that hold this role.

Key words: metamorphosis, absurd, bookkeeper, Public Accountant.

¹ Documento clasificado para exposición en el Sexto Encuentro Nacional y Primer Encuentro Latinoamericano de Ensayo Contable. 31 de Octubre y 1 de Noviembre de 2014. Universidad de Antioquia.

Una glosa intermitente: A propósito de la metamorfosis y de lo absurdo en el rol del Contador Público

Tal vez mi destino sea ser eternamente contable, y la poesía o la literatura una mariposa que, posándose en la cabeza, me torne tanto más ridículo, cuanto mayor sea su propia belleza.

Fernando Pessoa

Cuando el no ser queda en suspenso se abre la vida ese paréntesis con un vagido universal de hambre.

Mario Benedetti

1. Ideas de una reflexión rizomática

La condición *sui generis* del Contador Público permite que sea abordada desde ángulos poco inusuales, quizás absurdos. Es un rizoma,² con múltiples entradas y salidas, mapa informe de fronteras inaprehensibles que seduce a la experimentación, a tejer nuevas compresiones y desterritorializaciones. Tal condición refiere al tenedor de libros, la cual, puede decirse, en primer lugar, es percepción o prejuicio de un arquetipo de Contador Público y, por otro lado, es la que termina constituyéndose de manera particular, después de un proceso de sometimiento del sujeto a incorporar ciertos contenidos y prácticas, es decir, de operar sobre su subjetividad. Aquí vemos dos focos que dan *corpus* al referente de Contador Público: uno, a-priori, involuntario, fundado en presunciones, y otro, que se forma en la coexistencia de una voluntad del yo y en condiciones exteriores predeterminadas, por ejemplo, el proceso educativo.

El sujeto que ingresa al programa de Contaduría Pública lo hace por razones diversas, en la mayoría de los casos, animado por intereses económicos y prácticos, que, se supone, acuñan a la Contaduría como un campo de ascenso social, gancho fácil y rápido para insertarse en el campo laboral, y como un proceso de formación que permite trabajar y estudiar a la vez (Rojas, 2008). Aquí se manifiesta una forma del prejuicio instalada en los sujetos que van a estudiar Contaduría. En los procesos educativo y formativo, se amplifica dicha forma, pero ya no como prejuicio, sino como contenido y expresión que moldean y permean la subjetividad.

No se desconocen los esfuerzos de la comunidad académica e investigativa contable que se ha propuesto problematizar la educación y formación contables y que ha conseguido mantener espacios de discusión y generar cambios curriculares, así como también se ha convertido en detonador de sentires, comportamientos y significaciones opuestos a los discursos

² En un sentido deleuziano, el rizoma se entiende como forma ramificada, heterogénea, compuesta por líneas de fuga transversales entre sí. “(...) el rizoma está relacionado con un mapa que debe ser producido, construido, siempre desmontable, conectable, alterable, modificable, con múltiples estradas y salidas, con sus líneas de fuga. –Más adelante afirman-. Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, in-ter-ser, *intermezzo*.” (Deleuze y Guattari, 2002, pp. 26-29)

hegemónicos, en algunos estudiantes, pero es evidente que el paradigma sigue siendo el de formar tenedores de libros.

El tenedor de libros se inscribe en el ámbito de lo técnico-instrumental, esto quiere decir que su relación con la contabilidad está determinada por lo cuantitativo, lo neutral y la generación de informes financieros, así como por las leyes y decretos, puesto que, desde este ámbito, prescriben el “fundamento teórico” de la contabilidad. Ahora, lo técnico-instrumental tiene asiento en la racionalidad-instrumental, la cual es el

Resquebrajamiento de la razón objetiva para imponer en su lugar la razón subjetiva. (...) Para Horkheimer y Adorno la racionalidad instrumental, que estandarizó y homogenizó determinadas técnicas instrumentales en los procesos productivos, emergió de la aplicación de teorías subjetivas de la razón que ponen el pensamiento al servicio de cualquier empeño particular, sea bueno o malo. (Cruz y Rojas, 2008, pp. 21-22)

Acogido a la racionalidad de medios y fines, el tenedor de libros se convierte en medio (recurso, instrumento), el cual es medido en términos de eficiencia, cuantificado y puesto al servicio de los objetivos de la empresa, es decir, de la maximización y control de la riqueza. “La instrumentalidad no cuestiona éticamente las acciones, su intencionalidad es facilitar la acción por encima de cualquier valoración ética, social o política” (Giraldo, 2007, p. 151). Puede afirmarse entonces, que el tenedor de libros es instrumental y objetivado por la racionalidad, porque se potencia sus fuerzas productivas y se disminuyen sus fuerzas de resistencia, opera sin ningún miramiento moral y, bajo el amparo de la racionalidad, se reafirma en una suerte de prácticas técnicas que apenas logran desplegarlo en el mundo de los medios.

Como si fuera una verdad de Perogrullo, tanto para contadores como para los que no lo son, el tenedor de libros se asocia a quien lleva la contabilidad de una empresa, el que hace de manera cuidadosa los procesos de digitación y registro. Su oficina es la más recóndita y oscura de la empresa, carga un maletín con un sinfín de papeles y una calculadora. Siempre fiel y confiado a su racionalidad instrumental, de medios y fines, de costo-beneficio, de cuánto necesita, cuánto quiere que le dé. Tiene una inclinación maníaca por las fechas, resoluciones y sanciones de la DIAN, normas y circulares; además, por los libros normativos, estatutos y plan de cuentas que conserva y mantiene (siempre dispuestos cual fetiches) y que considera, son la panacea. Reprime con un sigilo solapado sus pasiones y sentimientos. El arte, la literatura, la poesía o el cine los ve desdeñables o ni siquiera los concibe. Su caminar es seguro, quizás porque tiene en sus manos cierto poder, su firma. Teme que un caprichoso azar le haga olvidar el número de una cuenta, por eso evita pensamientos bellos o tormentosos. Sus máximas son trabajar, rendir y lograr que el balance le cuadre. Su rostro es aciago, ajado, melancólico; su cuerpo se muestra fatigado, débil y encorvado. Es un ser pusilánime, irresoluto, anodino. Es un insecto, pero no uno cualquiera, es un monstruoso insecto kafkiano.

Caracterización un tanto cómica, hiperbólica o hasta sin sentido, pero ¿qué tanto tenemos las y los Contadores Públicos, o mejor, las y los tenedores de libros de La metamorfosis kafkiana? ¿qué tan absurda es nuestra condición? ¿no es ésta un esfuerzo inútil, un círculo vicioso del absurdo, la personificación de Sísifo?

Es preciso aclarar que para los fines de este ensayo, se prescindirá de caracterizar o problematizar la incidencia de la educación y formación contables en la constitución del sujeto como tenedor de libros, lo cual es de vital importancia, pero no es el objeto de este ensayo. Se

partirá, más bien, del tenedor de libros ya formado, un profesional que atiende a su perfil laboral, que es funcional y fiel a la racionalidad técnico-instrumental que refiere la contabilidad.

Recurriendo a *La metamorfosis* de Franz Kafka y a *El mito de Sísifo* de Albert Camus, se pretende elucidar sobre el rol del tenedor de libros en tanto condición que muta y se transforma en un insecto. Lo que se plantea parte de afirmar que el tenedor de libros es un insecto kafkiano, y no un *como*, tratando de recurrir a la metáfora o alegoría; a la vez, se analiza el rol a la luz de lo absurdo y cómo el sujeto naturaliza y se reafirma, aunque no lo sepa, en éste, procurando mantener un estado insignificante y desvalido, semejante a la imagería kafkiana y camusiana. El texto está dividido en tres partes y la presente introducción. La primera, parte de un análisis de la obra literaria, *La metamorfosis*, la cual servirá de sustento para caracterizar el tenedor de libros-insecto; el siguiente apartado, trata de realizar una comprensión de la condición absurda del tenedor de libros a partir del texto filosófico *El mito de Sísifo*. Por último, se plantean unas conclusiones que delinearán algún atisbo de otros sentidos y expresiones que deslindan con la esquizofrénica y apabullante realidad de hoy.

2. El tenedor de libros: Una metamorfosis kafkiana

Hablar de *La metamorfosis* o de cualquier otra obra de Franz Kafka es referirse, indefectiblemente, al ser literario, al yo que solo existe en la escritura. “‘Ser’ escritura es volverse otra cosa mientras no se ‘es’ nada preciso. Detrás de los escritos de Kafka no existe algo (existere), sino que ellos son la existencia (ex-sistenti), sólo ellos existen” (Parra, 2007, p. 41). La escritura es el gesto vital, su única posibilidad de existencia. Él no es el creador o autor de sus obras, él se funde en ellas, es el principio y el fin de los laberintos que trazan sus personajes, sus yo kafkianos. Canetti (1981) afirma que para Kafka la escritura es un entregarse por completo, es dejarse poseer por los enigmas tormentosos que invocan lo cotidiano, es una forma de luchar contra el mundo. Así, Kafka mismo es una línea de fuga, una desterritorialización, una puerta que se abre hacia otros territorios pero que habitan en él (Deleuze y Guattari, 1978). En este sentido, Kafka es un enigma, un pozo profundo de interpretaciones y especulaciones, una madeja de signos que dicen todo en su manera de no decir nada, así como una de sus obras cumbres, *La metamorfosis*.

Dicha obra narra la transformación de Gregorio Samsa en un insecto. Un comerciante que aborrece su trabajo pero que se ve obligado a realizarlo para cubrir la deuda de su familia. Ante su nueva condición de insecto, se ve incapacitado para laborar, comunicarse y comer con su familia, al tiempo que ésta también cambia con él, lo desprecia y abandona, lo culpa de la tragedia que ha traído consigo. En realidad lo ve como un insecto, insignificante, que causa estupor y vergüenza. Sigilosamente lo arrinconan hacia la muerte, pero una muerte que Gregorio recibe con alivio en el barullo del vacío y de la vida herida.

Sorprende la meticulosa descripción, el detalle preciso con el que Kafka va dibujando la monstruosidad de Gregorio Samsa. Como un suceso normal, cotidiano, sin asomo de sobresalto o terror alguno, Samsa, una mañana cualquiera, amanece convertido en un insecto. Este hecho parece irrelevante frente a la preocupación por la incomodidad que le causa dormir en la postura en que estaba acostumbrado, porque no había sonado el despertador y tenía que tomar el tren, por las tensiones de su trabajo, por los improperios de su jefe al notar su ausencia. Como si nada pasara, como si solo fuera un mal sueño.

‘¿Qué pasaría si siguiera durmiendo y me olvidara de todas estas locuras?’, pensó; pero esto era absolutamente irrealizable, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho y su estado actual no le permitía adoptar esa postura. (...) Y miró al despertador (...) ¿Es que no había sonado el despertador? (...) Pero, ¿era posible haber seguido durmiendo con aquel estruendo que hacía agitarse a los mismísimos muebles? No, su sueño no había sido tranquilo, pero tal vez por eso sí más profundo. (Kafka, 2010, pp. 42-43)

No ocurre ni se altera nada. Es precisamente esta reacción natural e indiferente de Gregorio lo que permite ver una oscilación del absurdo entre lo cómico y lo trágico. Lo absurdo se manifiesta en la contradicción entre la lógica y lo extraordinario o irracional, cuando lo lógico sobrepasa lo extraordinario y lo vuelca al plano de lo ordinario o cotidiano dejándolo sin fundamento. Lo absurdo-cómico es, entonces, un exceso de lógica que se niega a advertir lo extraordinario; es la amplificación de lo absurdo. Conjuntamente, trae consigo lo absurdo-trágico al entrelazar lo cotidiano y lo lógico (Camus, 1968). Así, vemos la transformación de Gregorio en insecto, pero él no se da cuenta (absurdo); la reacción o comportamiento indiferente, casi que infantil, ante su aventura como insecto es lo que lo hace cómico y la tragedia se manifiesta en ese “desconocimiento” de que no es consciente de la falta de asombro ante su destino.

Su condición se torna más trágica en cuanto la mirada de los otros, interioriza y ve su metamorfosis (Zuleta, 1992). Así, por ejemplo, para Gregorio sus palabras eran suficientemente claras, pero para su familia eran ininteligibles, sencillamente porque no era presa del absurdo y sabía perfectamente que un animal no habla como un humano. En este sentido, la incapacidad para comunicarse lo lleva a desintegrarse y a replegarse en su insignificancia e insoportable vacío; se ahoga en su propia tragedia; sin embargo, mantiene una obstinada esperanza fruto de su absurdo cómico, “(...) a pesar de encontrarse en aquel estado no se avergonzaba de avanzar un trecho por el pulcro suelo del salón” (Kafka, 2010, p. 87), aunque sea un esfuerzo inútil y agotador, espera algo.

El estado de Gregorio es el propio estado del ser que no puede dejar la existencia, para quien existir es estar condenado a recaer siempre en la existencia. Transformado en insecto, sigue viviendo al modo de la decadencia, se hunde en la soledad animal, se acerca a lo más próximo del absurdo y de la imposibilidad de vivir. Más, ¿qué ocurre? Precisamente sigue viviendo; ni siquiera trata de salir de su infortunio, sino que pone en él un último recurso, una última esperanza, aun lucha por su lugar bajo el canapé, por sus breves viajes a lo fresco de las paredes, por la vida en la suciedad y el polvo. (Blanchot, 1991, pp. 93-94)

Lo monstruoso es tanto por la metamorfosis como por lo que ella no representa: la negación de la vida. Samsa es un yo insecto, extranjero, paria en su mismidad, hechura de residuos universales e individuales; es un grito insoportable en su silencio y tranquilidad exagerados, empequeñecimiento en un mundo con sus leyes, su burocracia, su progreso y su sin sentido; es un autómatas que baja su cabeza y se esconde en las grietas de una nadería pusilánime y hostil. Amasijo deforme de repugnancia, hedor y abandono; artificio del ser inmóvil, de la vida misma. No existir es su manera más firme de existir, de ser incorpóreo, insustancial, de no tener de donde asirse, de ser un monstruo. Samsa carga con el peso y dolor de la inhumanidad del mundo, lo lleva en el graznido doloroso que deforma su voz y lo vuelve incomunicable, incomprensible, lo lleva enterrado como una manzana clavada en su propia carne, en la dificultad para caminar, retroceder, moverse. Samsa es un puente tendido entre la nada y la

reparación de la vida; es una línea de fuga, "(...) incluso sin cambiar de lugar o en la jaula. *"Una salida y no la libertad. Una línea de fuga viva y no un ataque"*. (Deleuze y Guattari, 1978, p. 55)

En la metamorfosis no desaparece el hombre –Gregorio- ni se superpone el insecto como metáfora. Hombre e insecto se conjugan en un continuo flujo de intensidades y multiplicidades, cada uno deviene de sí y del otro, se desplazan, huyen pero en un mismo circuito. En este sentido, *"la metamorfosis es como la conjunción de dos desterritorializaciones, la que el hombre impone al animal al forzarlo a huir o al esclavizarlo, pero también la que el animal propone al hombre, al indicarle salidas o medios de huida"* (Deleuze y Guattari, 1978, pp. 55-56). Estos dos estadios hombre e insecto, sugieren una posibilidad representada en la fatalidad, pues el estadio insecto es la salida que anida en Samsa, pero a la vez ésta recae en sí misma, puesto que ambos son uno solo, y solo puede ser entendida como intensidad en un viaje inmóvil. Puede notarse, entonces, que la metamorfosis es una contradicción entre la afirmación ingenua, casi infantil, de la vida y una aceptación del sometimiento a su carácter trágico. Un círculo vicioso, que condena a Samsa, mientras trata de vivir, a las fuerzas ciegas de su destino aciago.

En virtud de lo anterior, la metamorfosis es el absurdo del hombre y la mujer modernos. Sin ningún esfuerzo se llega a ser un animal, un insecto. Las condiciones están dadas para que así sea. La fe ciega en el progreso, el tecno-cientificismo, la atomización de los sujetos, la futilidad de los deseos, la barbarie y la destrucción del otro, hacen que el ser humano se convierta en un monstruoso insecto, débil, insignificante, indiferente, pues no se tiene el valor de creer en sí mismo, ni en ninguna empresa colectiva. En el hombre y la mujer modernos, el ardor de la vida decae, sus fuerzas creativas y vitales son reificadas; son parias, exiliados de sí mismos y de los demás, con una identidad y una vida que se les escapa. Como perros ciegos caminan entre la muchedumbre solitaria. Consumidores y consumidos en el espectáculo de la seducción (Bauman, 2006; Lipovetsky, 2002), desvanecidos sobre sí mismos en la plétora de un *mundo feliz*, de deseos insatisfechos y fugaces, de libertad ante el mercado pero no ante la vida.

Contrario a presunciones inquisidoras y puristas o de cualquier otro orden que revisten la literatura de un manto immaculado y etéreo, fútil o de entretenimiento trivial, incapaz de ofrecer elementos conceptuales y de análisis sobre la realidad y condición humana, en este ensayo tiene un lugar privilegiado, pues se le considera un estadio -de los tantos posibles- que puede ofrecer, a través de la madriguera y vicisitudes del lenguaje, símbolos y representaciones, una compleja mirada al Contador Público, además, proponer *"(...) un distanciamiento radical respecto del modo convencional como nosotros, en cuanto hombres [y mujeres], acostumbramos vernos en los espejos"* (Cruz, 1995, p. 150). A partir de *La metamorfosis* y de los aspectos señalados de manera precedente sobre la misma, se intentará esgrimir algunos elementos acerca del rol del Contador Público como tenedor de libros-insecto.

El Contador Público en su rol de tenedor de libros es un insecto kafkiano. Su metamorfosis, como la de Gregorio Samsa, no consiste en habitar o ser habitado por otro cuerpo, sino, en la movilidad hacia algo-otro, incorpóreo y sin control; no es contenido sino expresión del horror de lo cotidiano. Las condiciones que le asisten, lo definen ante la mirada del otro como un insecto, pero no ante sí mismo, pues no es consciente y este no darse cuenta, lo reafirma aún más en su devenir insecto, lo potencia en su inhumanidad, extrae de él las fuerzas para saberse, pensarse y desplegarse como posibilidad de sí mismo. El tenedor de libros acontece entre lo que puede llegar a ser y hacer de él dentro de un marco muy rígido, condicionado por

la fraternidad económica (Rojas, 2002) y la racionalidad instrumental, lo que desemboca su yo insecto.

La racionalidad instrumental de medios y fines, somete casi todas las esferas de la vida a sus criterios de eficacia y rentabilidad. Esta homogenización constriñe a la mediatización del ser humano en el dominio de lo estrictamente instrumental, reproduciendo una realidad en términos acrílicos y nominalistas. En este sentido, el tenedor de libros es un medio que se vale de otros medios, como la técnica, para operar la contabilidad, cuya acción es resultado de una racionalidad que no reconoce sus propios límites y termina siendo a la vez irracional. Así las cosas, el tenedor de libros es funcional y competente para el mercado, sus esfuerzos están encausados a la eficiencia y al automatismo de un trabajo que gobierna su conducta y su estilo de vida. La racionalidad instrumental prescinde de lo humano en su complejidad y, en su lugar, magnifica lo inhumano y lo monstruoso, es decir, el tenedor de libros-insecto.

La empresa se concibe como ámbito de producción, distribución y uso de las competencias específicas del tenedor de libros. Es el lugar más apreciado y apetecido para trabajar, pues es allí donde “realmente se aprende” –dice el tenedor de libros- ¡claro!, si es donde se necesitan tenedores de libros y no precisamente para pensar de manera compleja, crítica y tomar una posición en el mundo, para un otrarse (Cuevas, 2010); como posibilidad de erigir un proyecto ético y estético de la vida, sino como un medio, un algo no definido, sin identidad y sin un referente de donde sujetarse en el mundo; un molde de nada.

Ahora bien, es la esfera cotidiana la que permite comprender mejor el tenedor de libros – insecto, pues aquella es causa y resonancia de la metamorfosis. Para ello, se ilustrarán algunos aspectos con pasajes de *La metamorfosis*.

¿Cómo podría haber Gregorio perdido un tren? *El muchacho no tiene en su cabeza otra cosa que la empresa*. Si casi me enfado porque no salga ninguna noche. Ahora ha estado aquí ocho días, pues bien, no ha salido ni una noche de casa. Se sienta a la mesa tranquilamente con nosotros, lee tranquilamente el periódico o se estudia los horarios de los trenes. (...)

-Yo tampoco puedo explicármelo de otra manera, buena señora –dijo el gerente-, espero que no sea nada grave. Aunque también debo decir que, desgraciadamente, *los comerciantes, mirando por nuestro negocio, hemos de sobreponernos frecuentemente a leves malestares*. (Kafka, 2010, p. 49) (Cursivas añadidas)

Lo anterior es bastante significativo en cuanto enuncia la superposición y dominio del trabajo en todas las dimensiones de la vida de Samsa, como también de la del tenedor de libros. El hecho de que éste solo tenga en su cabeza la empresa denota, por lo tanto, que las únicas posibilidades de ser y de desplegarse en el mundo son las que se puedan derivar de su oficio, es decir, su vida queda atorada entre partidas dobles y declaraciones de renta, inventarios y gastos. Una vida particularmente monótona e inocua, al margen de ella misma. La empresa se impone en la vida del tenedor de libros, actúa con arreglo a fines y medios, que marca y se inmiscuye en las entrañas de la vida del sujeto. Llama la atención, además, la afirmación del gerente, la cual sugiere que el único fin es el crecimiento y supervivencia de la empresa, por lo que el tenedor de libros debe cumplir con un estado ideal, óptimo, evitar cualquier desvío, algún malestar; en otras palabras, sus fuerzas vitales son objetivadas, procurando soslayar el asomo de una “deformación” que obstruya el desempeño eficiente del trabajo.

En este sentido, la metamorfosis del tenedor de libros emerge, como ya se dijo, del horror de lo cotidiano. Esta transformación lo desplaza, lo desterritorializa a otro lugar, al estadio insecto, lo cual, y esto es importante aclararlo, no significa una escisión entre el tenedor de libros y el insecto, una sobreposición de éste sobre aquel o una alegoría.

La metamorfosis es lo contrario de la metáfora. (...) No se trata del parecido entre el comportamiento de un animal y un hombre, y mucho menos de un juego de palabras. Ya no hay ni hombre, ni animal, ya que cada uno desterritorializa al otro, en una conjunción de flujos, en un continuo de intensidades reversibles. (Deleuze y Guattari, 1978, p. 37)

A la luz de lo anterior, el tenedor de libros es un insecto kafkiano, pues su vida es la expresión del vacío y el sin sentido, es absurda aunque no sea consciente de ello; se ha convertido en un espacio-tiempo estéril que solo transcurre en el pequeño rincón oscuro, polvoriento y sórdido de su oficina. Sin identidad, insignificante e impasible, no consigue más que desvanecerse sobre sí mismo, perderse y ser atrapado en un presente sin futuro, sin ideales y sin la fuerza solidaria y fraterna de creer en el otro, de reconocerlo en su condición humana. Absorto en cálculos y cuentas, renuncia a lo que hay en él como posibilidad de ser otros, al sentido de lo humano como sujeto del lenguaje; asiste, pues, a la “borradura de su dimensión simbólica” (Cuevas y Grajales, 2012, p. 597). Es un insecto kafkiano porque la racionalidad que asola su trabajo y a las empresas mismas, lo arroja a condiciones monstruosas de servidumbre, de existir como cosa (Marcuse, 2010). Existe como tenedor de libros-insecto, impronta y condición que lo despojan de su nombre, de su identidad, del gobierno de sí mismo, de la sensibilidad para sentirse vivo; lo reducen a nada, es decir, a algo que se puede desechar, desaparecer. Este espectro kafkiano desubica la idea centrada del tenedor de libros, proponiendo una mirada, una experimentación de lo que puede llegar a ser, confrontándolo con su destino trágico y absurdo, con la época del vacío, la incertidumbre, la desaparición del ser y la verdad. (Parra, 2007)

3. El Mito de Sísifo o del absurdo de ser tenedor de libros

Los ideales de progreso, libertad, igualdad, la esperanza de un mundo secular que, a través de la ciencia y de la razón, afloraría el más noble y genuino ser humano, conducido por determinantes morales y éticos, que lo llevarían a ser el único responsable de su destino, se desmoronaron en la plétora de su racionalidad y de su ciencia. La certeza de la inexistencia de un mundo sin posibilidades, sin ilusiones y un futuro incierto, es el espectro de una nueva configuración espacio-temporal, en la que el desencanto, el abandono, la tristeza y el sin sentido se apoderan de los hombres y mujeres arrojados al destierro, a la inmovilidad de una vida presa del absurdo.

Albert Camus, quien fuera testigo de la barbarie y de la aniquilación del otro bajo el amparo de la racionalidad instrumental, da cuenta en sus obras literarias y filosóficas de una suerte de resquebrajamiento humano que le impele a la agonía de sentirse vivo, en un mundo cuyas fuerzas desbordan toda posibilidad de comprensión y significación y, en cuyo lugar, tiene ocurrencia el malestar ante la inhumanidad del ser humano y un sentimiento de extrañeza como asomo de la condición extranjera de éste ante sí mismo y ante el mundo (Castro, 2010). En este sentido, Camus realiza una aproximación al absurdo como estado del hombre y la mujer modernos; aunque es recurrente en todas sus obras, lo desarrolla desde una perspectiva filosófica más amplia en el ensayo *El mito de Sísifo*. Si bien el análisis del absurdo que se plantea allí es bastante complejo y es abordado con relación a diferentes ámbitos como

el suicidio, el arte y la novela, para el objeto de este ensayo, lo que se intentará exponer es un esbozo general de lo absurdo y una comprensión del rol del tenedor de libros desde la figura mítica de Sísifo.

Ahora bien, el absurdo es “[el] divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decorado” (Camus, 1968, p. 127). El aparente abismo que surge entre el ser humano limitado y el mundo prolongado, infinito, se da precisamente en su confrontación, donde el ser humano trata de encontrar algún sentido, de sujetarse de algo en la vida, pero ésta escapa a su comprensión, huye, está de espaldas a las cuestiones humanas. El ser humano, en un mundo que le es ajeno, se vuelve un extraño, un extranjero y en esta condición de no pertenencia experimenta el vacío de la existencia y el sentimiento de lo absurdo, el cual es tanto más intenso cuanto las decoraciones se vienen abajo, es decir, cuando la consciencia permite ver en las actividades cotidianas, levantarse, oficina, café, lunes, martes... su carácter maquinal y su carencia de sentido. Camus (1968) continua señalando que “el absurdo nace de esta confrontación entre el llamamiento humano y el silencio no razonable del mundo” (p. 143). El absurdo existe en la coexistencia del mundo y el ser humano. No se debe entender como la sobreposición de uno ante el otro, sino en su confrontación. La tensión trágica se ve dibujada por la exigencia del ser humano de claridad racional de un mundo que juega a escaparse a una comprensión ininteligible. (Ramírez, s.f.)

En una línea que refiere al absurdo en relación con el ser humano e individuo, Camus manifiesta que

Este malestar ante la inhumanidad del hombre mismo, esta incalculable caída ante la imagen de lo que somos, esta “nausea”, como la llama un autor de nuestros días, es también el absurdo. De igual forma, el extraño que en ciertos segundos viene a nuestro encuentro en un espejo, el hermano familiar y, sin embargo, inquietamente que encontramos en nuestras propias fotografías, es también el absurdo. (1968, p. 134)

El ser humano descreído de todo cuanto le rodea, absorto y desvanecido en su propia angustia, abandonado a la suerte de un presente que en sí mismo es hostil, adverso, y cercenado por un mundo que proclamaba al ser humano *per se*, no encuentra lógica alguna para reconocer la humanidad ante la monstruosidad que había derivado de la razón. Consciente del absurdo, ve su insignificancia y vacío, sobre los cuales se aferra como única posibilidad de existir, pues su silencio e indiferencia lo llevan a vivir como un antihéroe para el que todo es posible en la medida en que no se desea nada. En este sentido, el hombre absurdo “(...) es aquel que se encuentra en una situación de extrañamiento o, si se prefiere, soporta la condición de exiliado” (Castro, 2010, p. 92). Montoya (1999 citado por Castro, 2010), señala que la extrañeza hacia los otros y hacia sí mismo, lo conduce, además, a ser un extraño en su propia tierra. Privado de sentido y de un lugar que pueda ofrecerle algún resquicio de luz y la fuerza para evocar los recuerdos que le permitan sentirse parte del mundo y de él mismo, queda preso de la perplejidad. El divorcio entre consciencia y mundo, es el que engendra la perplejidad, la cual conduce al ser humano a un estado intrincado, de lasitud, extravío, de parálisis e inmovilidad. (Ramírez, s.f.)

Por su parte, Camus retoma, de la mitología griega, la figura de Sísifo, al que ha denominado como el héroe del absurdo.

Los dioses habían condenado a Sísifo a hacer rodar sin cesar una roca hasta la cima de una montaña donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con alguna razón que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza. (...) No se nos dice nada sobre Sísifo en los infiernos. Los mitos están hechos para que la imaginación los anime. En éste se ve solamente todo el esfuerzo de un cuerpo tenso para levantar la enorme piedra, hacerla rodar y ayudarla a subir una cuesta vuelta a empezar cien veces. (Camus, 1968, pp. 211-212)

Sísifo está condenado a un trabajo inútil, cuyos esfuerzos recaen siempre sobre lo mismo, levantar la piedra que caerá de manera segura, firme, victoriosa y Sísifo, consciente de su desgracia y miserable condición, vuelve una y otra vez, obstinado a su tormento, pues mantiene una esperanza como forma de afrontar y burlar su destino, aunque sabe de antemano que es infructuoso. Ahí reside precisamente su carácter trágico, cuando se es consciente del destino que ha de sobrellevarlo, en este sentido, su destino le pertenece. Lo carga como una pesada roca.

La imagen de Sísifo nos da una idea de lo absurdo en el rol del tenedor de libros. Para ello, podemos hacer una comparación. El tenedor de libros es Sísifo que cada día, fielmente, cumple con su rutina laboral. Su trabajo no dista mucho del hacer rodar la roca. Le corresponde, en una perspectiva técnico-instrumental, registrar, hacer declaraciones de renta, estados financieros, en fin, un trabajo que se reduce a números y a datos por partida doble.

Camus, refiriéndose a Sísifo, manifiesta "*¡Un rostro que padece tan cerca de las piedras ya él mismo es piedra!*" (1968, p. 212). Así, el tenedor de libros que es absorbido por las cuentas y cálculos, termina convirtiéndose en una cuenta por debitar y acreditar. Su vida está dada por los esfuerzos que emplea en un oficio repetitivo que lo convierte en una cosa muy eficiente.

Lo que quiero significar es que el trabajo del tenedor de libros, -pero más que trabajo y atendiendo a lo que se señaló con respecto al tenedor de libros-insecto, es un esfuerzo que termina definiendo una forma de vida-, es un esfuerzo inútil que tiene asiento en el absurdo, toda vez que se sustenta en la racionalidad instrumental con arreglo a medios y fines, es decir, se centra en lo cuantitativo, lo calculable, lo contable. Lo que no pueda ser objeto de medición, no sirve en términos utilitarios.

Ahora bien, el tenedor de libros es objetivado por la racionalidad que subyace a su oficio. Desplazado de su condición humana, migra hacia el estado que lo define como medio, como cosa. Ser tenedor de libros es un esfuerzo inútil porque en su mismo empeño se convierte en insecto, de ahí que no posibilite en el sujeto una comprensión y confrontación de los presupuestos sociológicos, políticos y económicos que asisten a su quehacer. Su condición es absurda porque no tiene sentido, porque arrastra al sujeto a un estado de desmesura humana e insignificancia. Aunque el tenedor de libros no es consciente de su absurdidad, ésta se manifiesta en lo que Camus denomina *el decorado*, es decir lo cotidiano, así que en la vacuidad y simpleza que caracterizan la vida del tenedor de libros, el absurdo adquiere resonancia.

4. Epílogo: Descentrar el centro

Las ideas aquí propuestas intentaron hacer una comprensión, desde otros ángulos, sobre el rol del Contador público como tenedor de libros. *La metamorfosis* y *El mito de Sísifo* permitieron un acercamiento a la problemática recurrente del rol de tenedor de libros que es y ha sido

objeto de interés de la comunidad académica contable crítica. Quizás una característica particular es el modo como fue abordada y los referentes desde donde se miró, lo que tenía la imprudente intensión de evidenciar, por un lado, la importancia de la literatura, pues más que cómplice de su tiempo, es forma y expresión que hace visible lo invisible, es una puerta abierta que está del otro lado, descentrada en alguna esquina del tablero de la vida; podría decirse que sirve para vivir y morir algunas veces de angustia, de tedio o de amor. Y, en otra instancia, proponer como el tenedor de libros, en sí mismo, es un insecto kafkiano y cómo su rol es un absurdo.

El devenir insecto del tenedor de libros tiene lugar o emerge en éste, porque existen unas condiciones particulares, propias de su ejercicio, que lo posibilitan. El relato en el cual se instaura el tenedor de libros está guiado por lo técnico y la racionalidad-instrumental, lo cual permite comprender la prevalencia de lo funcional en su oficio y la monotonía de su vida. El tenedor de libros es un insecto kafkiano que se esconde en las grietas porque no tiene el valor de escapar al otro lado de este lado de lo cotidiano. Su condición se reafirma en el absurdo porque es un esfuerzo inútil que lo lleva a cavar su propia desdicha, a ensimismarse en su vacío y a llevar una vida sin pasión, sin la fuerza de elegir algo verdadero. Por lo pronto y como línea de fuga, quizás sea necesario, como dice Rimbaud, un sueño bien ebrio.

Referencias Bibliográficas

Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Blanchot, M. (1991). *De Kafka a Kafka*. México: Fondo de Cultura Económica

Camus, A. (1968). *Camus. Obras completas, Tomo II*. México: Aguilar.

Canetti, E. (1981). *El otro proceso de Kafka*. Barcelona: Muchnik Editores.

Castro, Y. (2010). Reflexiones sobre el absurdo, el suicidio y la esperanza. *Thémata. Revista de filosofía*. 43, 87-120.

Cruz, F. (1995). El conocimiento de las empresas y de la sociedad a partir de una sensibilidad literaria. *Cuadernos de Administración*. 20, 144-158.

Cruz, F. y Rojas, W. (2008). La noción de inhumanidad y culturas híbridas en algunas organizaciones colombianas. En F. Cruz y W. Rojas, *Racionalidad instrumental y gestión* (pp. 13-66). Cali: Universidad del Valle.

Cuevas, J. (2010). La contabilidad como lenguaje: una mirada institucional a su contribución en la formación del sujeto-organización. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 57, 37-50.

Cuevas, J. y Grajales, J. (2012). La borradura de la dimensión simbólica: una mirada sobre la contabilidad y lo inhumano desde la literatura de la Shoah. *Cuadernos de contabilidad*, 13 (33), 579-609.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*. México: Ediciones Era.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Giraldo, G. (2007). La cosificación de la contabilidad a través de la racionalidad instrumental de la lógica empresarial. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 50, 133-154.

Kafka, F. (2010). *La metamorfosis y otros relatos de animales*. Madrid: Espasa.

Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo posmoderno*. Barcelona: Anagrama.

Marcuse, H. (2010). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Editorial Ariel.

Parra, J. (2007). *Franz Kafka y el arte de desaparecer*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Ramírez, A. (s.f.). *El pensamiento trágico de Albert Camus*. Recuperado de <http://www.aafi.filosofia.net/ALFA/alfa4/ALFA4C.HTM>

Rojas, W. (2002). La educación contable en Colombia 1960-2000: Al servicio de la fraternidad económica moderna. *Cuadernos de administración*, 28, 17-43.

Rojas, W. (2008). Congoja por una educación contable fútil. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 52, 259-274.

Zuleta, E. (1992). La metamorfosis. En L. Restrepo (Comp.), *Ensayos selectos. Estanislao Zuleta* (pp. 97-127). Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.